Fantasías de arena

Jorge Cabrera Gómez

Fantasías de arena

Jorge Cabrera Gómez

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2025
© Jorge Cabrera Gómez, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-83-3
THEMA: FB - FBA
DEPOSITO LEGAL: M-8657-2025

Mi agradecimiento a Ezequiel Teodoro,
director de Avant Editorial,
y a María Loreto Navarro,
community manager,
por su constante apoyo a mi obra.

PRIMERA PARTE

VIAJES, RECUERDOS, SÍMBOLOS

I

El grito agudo del muecín, llamando a la primera oración desde el minarete de una mezquita cercana, sacó al hombre de su profundo sueño. Su primer gesto fue estirar torpemente un brazo, que hundió en la profundidad de las sábanas buscando el cuerpo de Florence. La conciencia del lecho vacío y frío lo despertó totalmente, tuvo un sobresalto y su razón fue invadida por una preocupación imprecisa, una ansiedad desconocida, que se fue disipando, poco a poco, a medida que su mente adquiría la claridad del alba. Recordó que ella tenía que partir en la madrugada con la caravana que salía para Tessalit. La noche anterior se habían despedido y, entre caricias y palabras dulces, prometido encontrarse dentro de dos meses en el mismo albergue, el único existente en Gao, la puerta del desierto.

Se levantó aletargado, se vistió con lentitud con la luz mortecina de un quinqué y de los atisbos del día que asomaban por la ventana. El agua era escasa y la idea de lavarse pasó como una estrella fugaz. Tomó, sin embargo, su cantimplora, y con medio vaso de agua se enjuagó la boca y se frotó rudamente el rostro. Levantó su mochila, examinó un maletín con documentos, comprobó el contenido de la bolsa de provisiones y con pasos decididos salió al patio de la posada.

Puso sus bultos en la tolva de la camioneta y comenzó el rito habitual previo a la partida: revisó el motor, el nivel del aceite, el agua del radiador y de la batería, la reserva de petróleo dio maquinalmente dos puntapiés en cada llanta y de un salto se sentó detrás del timón. Arrancó el motor,

esperó a que se calentara y encaminó el vehículo en dirección al puerto. Avanzó lentamente, a través de estrechas callejuelas apretadas por inmensos y espesos muros, levantados con un barro del color de la miel. Aberturas trapezoidales, pequeñas y profundas, bostezaban simultáneamente a ambos lados de las calles desiertas y el espacio, uniforme en el despertar del día, integraba las masas y los vacíos en una bruma nebulosa. Se confundió entre las sombras en formación y oyó, a lo lejos, el canto agudo de un gallo soñoliento.

Un silbido intenso, que resonó súbitamente, llenó el espacio e hirió sus oídos. Se tornó sorprendido y vio el barco que llegaba de Mopti atracando vacilante en la inseguridad de ese puerto fluvial. Un gentío desenfrenado y bullicioso apareció intempestivo y del suelo se levantó, siguiendo una orden inexplicable, una masa de gente que dormía oculta bajo mantas mimetizadas con las grises lajas del muelle. Se pusieron en movimiento y se dedicaron, al unísono, al cumplimiento de sus tareas cotidianas, llenando la explanada de bultos, mercaderías y toda clase de animales. El hombre detuvo el vehículo y por unos minutos contempló entusiasmado la festiva agitación del puerto.

Se alejó con pesar, tomando finalmente la carretera con el pensamiento puesto en las lluvias de esa temporada, generosas después de muchos años de sequías constantes. La duna en el horizonte lo alertó y lo puso sobre aviso de las dificultades del camino. ¿Cuántas veces había hecho este viaje? Veinte, treinta, desde que llegó enviado por una organización internacional. Llegó una primavera viva aún en el recuerdo y habían pasado ya muchos inviernos. Llegó ávido de aventuras, atraído por los misterios del desierto y por la magia enigmática de sus habitantes: los beduinos tuareg. Ese grupo humano pródigo de espacio, lleno de geografía, que desconoce las fronteras, los límites y las situaciones perentorias; que desprecia los mapas, productos

de una absurda obsesión de los geógrafos por querer confinar, poner linderos, a la vasta amplitud del desierto. Le fascinaba la belleza extraña y la expresión incógnita de sus rostros, su filosofía sobre la vida y la muerte, sobre el amor y la lealtad, sobre el culto apasionado al Dios islámico y a la vez su creencia animista en los antepasados y la naturaleza. Esta filosofía había producido su increíble saga, llena de sucesos apasionantes, de luchas de amor, de guerras santas, de combates de honra, de entrega total a una idea, a un principio; de victorias sanguinarias, de batallas perdidas derramando la última gota de sangre. Nunca pudo precisar, sin embargo, cómo penetró en él ese interés por los tuareg, si fue quizás un libro, un sueño, una película o el rostro aceituno y sugerente de una descendiente beduina que encontró en su camino. Solo recordaba que en algún momento se descubrió devorando con avidez libros y documentos sobre el desierto; leía novelas y relatos de aventuras que se desarrollaban en el desierto; buscaba en las carteleras de los cines las películas de árabes que batallaban en el desierto. *Lawrence de Arabia* lo conmovió, a pesar de los soldados turcos. Se interesó por el islam, leyó la historia de Mahoma y le chocó su forma de impartir justicia; estudió la flora y la fauna de las estepas y buscó, de muchas formas y por todos los medios, la manera de venir, de encontrarse con él. Fue un dictado de su espíritu, alguna razón oculta —que algún día descubrirá— la que lo envió hacia aquí. «O quizás vine huyendo», se preguntó, «y tomé al desierto y a los tuareg como pretexto…»

La admiración por este pueblo, el estudio de sus costumbres, de sus creencias y de su historia, fue la base de su relación con Florence. Conversando sobre ellos y declarando mutuamente su pasión por el desierto, se encontraron. Compararon sus sentimientos y se acercaron a través de sus anhelos, se ligaron por sus gustos, por sus lecturas, por sus pensamientos sobre la vida y, sobre todo, por lo que

querían hacer en el inmediato. Y esa relación, que comenzó como amistad y por semejanza de ideas, fue creciendo poco a poco para alcanzar luego otras dimensiones y crear una dinámica alimentada por actitudes, palabras, gestos que parecían insignificantes, pero que para cada uno representaban la consagración y demostración de la existencia de ese gran amor que todos esperamos.

¿Cuánto tiempo llevaban juntos? No se acordaba. Se habían conocido años antes de enamorarse. Apenas si se habían visto y conversado, casi nada. Fue en Gao donde comenzaron a frecuentarse, por razones de trabajo primero, después por amistad y luego, tal vez, por la soledad que los consumía. Ahora él trataba de seguirla en sus idas y venidas por el desierto. Florence era veterinaria y geógrafa, su trabajo consistía en acompañar las caravanas de beduinos y sus dromedarios que hacen la travesía del Sahara por diferentes rutas y entre diversos puntos, oasis y poblados. Las rutas cambian según las estaciones y las variaciones del clima y los puntos de referencia desaparecen por el movimiento incesante de la arena. Ella viajaba con las caravanas, haciendo observaciones y mediciones, que anotaba pormenorizadamente en un grueso cuaderno; luego las reproducía sobre cartas geográficas, describiendo más tarde, en informes minuciosos, todos los detalles de la travesía. Los enviaba al Instituto Geográfico de París, donde la información era tratada para su publicación. La Cooperación Francesa le pagaba un jugoso salario; una parte era depositado cada mes, puntualmente, en un banco de Gao, y la otra en un banco de Montpellier, donde vivía su familia.

El camino comenzó a tornarse difícil. Había atravesado la duna utilizando toda la potencia del vehículo y ahora la ruta era rocosa. La camioneta saltaba pesadamente poniendo a prueba su resistencia. En cada salto parecía quebrarse y se deslizaba peligrosamente en las curvas. Muchas dunas, más extensas y empinadas, lo esperaban aún. Después de

muchos kilómetros, la carretera tomó el borde del río Níger y hacia la izquierda, antes de una gran colina, el hombre divisó un grupo de chozas dispersas que se dibujaba a su orilla. Aceleró tranquilo.

A la entrada del pueblo, descubrió un rebaño de cabras empinadas sobre sus patas traseras, tratando de arrancar las escasas hojas de un arbusto seco y amarillento; más allá, una manada de cebúes bebía plácidamente en una pequeña laguna, más bien un charco. Buscó con los ojos al pastor, pero solo vio a su perro.

Entró en el poblado de chozas de barro con techos de rafia. Hacia la derecha, sobre una explanada, descubrió un grupo de cabañas de nómadas en forma de cúpula, de estructura de caña cubierta con esteras de paja. «Enormes iglúes amarillos del desierto», pensó. No vio a nadie en el pueblo. Pasó por algo que debió ser una plaza, frente a una construcción alargada de muchas entradas sin puertas y de aberturas sin ventanas. Un mástil vacío y solitario esperaba al centro de la plaza. «*Medersa*» —escuela islámica— se leía sobre un frontis de madera olvidada. Desierta. «Estarán buscando agua», pensó. No recordaba haber pasado nunca por ese pueblo. Sabía, sin embargo, que las rutas cambian a causa de las lluvias y de las tormentas de arena, que los pueblos desaparecen y reaparecen y no son nunca puntos de referencia. Había que orientarse por el sol, dirigirse hacia el oeste, tener siempre el río a la izquierda.

Salió del pueblo con una sensación de infortunio y marchó rumbo a la siguiente duna entre arbustos y palmeras típicas de la zona. Tenía la vista fija en el camino, lo escrutaba buscando las partes que le parecían más transitables, menos arenosas; alzó la vista y creyó ver de pronto en el horizonte un enorme árbol. Le pareció extraño, no era la zona donde crecen árboles, estaba lejos de la sabana. Avanzó, sin embargo, y poco a poco apareció realmente un

baobab inmenso. Amaba estos árboles y este, por su grandeza, era insólitamente bello, imponente, majestuoso.

En la cosmogonía de la sabana la integración hombre-planta es vital, el karité es el árbol hembra y el baobab es el símbolo que representa al macho reproductor. Un árbol puesto al revés, se diría, con sus raíces al aire, mostrando su desnudez y agitando sus colosales brazos-raigambres en caótica desesperación; gritando, suplicando por cubrirse, extendiendo, en su angustia feroz, sus ramas-raíces, para dar nacimiento a otras que van surgiendo de sus extremos, y estas a su vez se estiran y hacen brotar nuevas ramas y así, sin cesar, se desarrollan esos colosos que majestuosamente adornan, caracterizan y reinan sobre la sabana. Sus hojas dispersas y sus frutos pequeños aparecen como extraños y precarios locatarios, fuera de lugar, graciosos elementos surgidos por equivocación en ese árbol fantasmagórico y bello. Hojas y frutos caídos por error en un descuido del espacio, del tiempo, del color. «Como yo en este desierto», pensó.

Recordó la historia Bambará que cuentan los nativos: antes, en la época del paraíso, el baobab era el árbol más bello de la sabana. Tenía una figura armoniosa, sus ramas crecían en proporción, en número y forma, con el tronco; sus raíces eran poderosas y profundas; sus hojas grandes, brillantes, límpidas y de un verdor inigualable; sus flores no tenían comparación, eran las más hermosas de todos los árboles de la región, lo mismo que sus frutos que eran jugosos y frescos. Pero el baobab tenía un defecto: era vanidoso, presumido, soberbio, se pasaba el tiempo ensalzando su belleza, comparándola con la de los otros árboles. Los insultaba y les echaba en cara su fealdad. Con desprecio les decía que debían desaparecer, porque afeaban el paisaje, y el agua, siendo tan escasa, no debía desperdiciarse en árboles tan poco parecidos a él y tan lejos de estar a la altura de su belleza. Todos los árboles de la sabana, cansados del

desprecio y de los insultos del baobab, fueron hacia el buen Dios a quejarse y le contaron de su jactancia, altivez y altanería. El buen Dios verificó las quejas y, cuando comprobó que eran ciertas, decidió castigarlo: lo tomó del tronco, lo extrajo de la tierra y lo enterró al revés, hundiendo para siempre, en la profundidad de la arena, sus hermosas ramas, sus preciosas hojas y sus primorosas flores, dejando al descubierto solo sus raíces.

Con estos pensamientos se fue acercando al árbol y, a medida que se aproximaba, su fascinación crecía. Redujo la velocidad y pasó lentamente junto a él, contemplándolo ensimismado y absorto. Seducido por la visión no reparó en un viejo, quien, sentado sobre una alfombrilla a la sombra del baobab, oraba serenamente con un «*masbaha*» —rosario musulmán de cuentas enormes— entre sus manos. Su rostro arrugado era fino y de rasgos angulosos; sus cejas, muy grandes, protegían unos ojos enormes en los que brillaba el color almendra. Casi no tenía cabellos, pero su barba entrecana y poblada enmarcaba finamente el tinte aceituno de ese rostro rugoso. De su mirada brotaba dulzura y una sensación de tranquilidad. Era una expresión de paz consigo mismo, significando la emoción de haber logrado descubrir y clarificar su alma; era una expresión de vivencia intensa, de sosiego y del poder de mirarse al través, tan diáfano era su espíritu. Sus brazos huesudos estaban cubiertos de amuletos de colores ocres; de sus manos sarmentosas pendían largos dedos llenos de anillos extraños. Su cuerpo, cubierto con un paño de algodón amarillo, estaba en posición asana, sentado sobre sus piernas.

Detuvo el carro y se encontró de repente con las pupilas del viejo; hipnotizado, no pudo quitar los ojos de ese rostro, de esa mirada profunda; sintió una gratitud inexplicable y una sensación de euforia comenzó a invadir su espíritu; su interior luchaba por permanecer eternamente en la contemplación del viejo y gozar del sentimiento infinito de

paz que su mirar le provocaba. El deseo absurdo de seguir su camino venció a su conciencia de no iniciado.

El vehículo comenzó a rodar suavemente y aún bajo los efectos del hechizo quiso volver a sentir esos ojos, esa euforia. Tornó el rostro: el vacío y la inmensidad del desierto aparecieron en todo su esplendor, el viejo y el árbol habían desaparecido. Pensó luego que esa figura y esa cara no le eran desconocidas; las había visto antes, pero no sabía dónde. Estaba seguro de que, en algún lugar, en algún tiempo, había conocido a ese viejo. En un sueño tal vez. Reforzado por la visión, atacó la siguiente duna con brío y llenó su mente de promesas.

Dentro de dos meses, a su regreso, Florence lo encontrará en Gao, descansarán unos días y prepararán su partida al desierto, irán a unirse a las caravanas y desaparecer. Viajarán con una, luego con otra y otra; se amarán, escribirán, vivirán como beduinos, nómadas, sin lugar fijo; vagarán en el filo del viento, guiados por el clima, por los puntos de agua, sin preocupaciones materiales, obedeciendo a sus sentimientos, ordenando sus pensamientos con sus actos; se alimentarán de sol, se vestirán de arena, se abrigarán con el tiempo. Fijarán sus ideas de libertad con un acto de libertad. Formarán su propia circunstancia, basada en sus deseos y anhelos, sin intervención del pasado o de la muerte. Su proyecto estará definido por el acto mismo de la libertad que, contrario a lo que alguien dice, será infinita. «Negando el determinismo y el fatalismo, inventaremos nuestro propio ser, existiremos por el ejercicio de nuestra libertad contra la realidad, o eso que llaman realidad, la cual nosotros no la hemos creado ni elegido. Desaparecer, no regresar nunca. Buscar el espacio, la abertura, sin más límites que el horizonte y el cielo, sin más reglamentos que el deseo, sin más normas que el corazón, sin más futuro que el presente. Partir al desierto será el hecho de libertad que dará sentido a nuestros principios y definirá nuestros fines,

nuestros objetivos, nuestros deseos», y a ese acto de libertad se habían prometido consagrarse. Pensaba que amaba profundamente a Florence.

Llevaba cuatro horas viajando. Era la estación seca y el aire continental mantenía un tiempo claro, con vientos del este dominantes. El paisaje se hizo monótono, el río aún aparecía de vez en cuando. No encontró ningún otro signo de vida en el transcurso. Se sintió algo fatigado, tomó la cantimplora y bebió profusamente. Normalmente el viaje hasta Tombuctú lo hacía en diez horas, aún no estaba ni en la mitad del camino. Se sintió incómodo por un leve dolor de cabeza. Llegando le pedirá a Christine un gran botiquín, siempre es bueno llevar uno completo. El suyo era muy pequeño, contenía solo lo mínimo indispensable. Después de todo, el dispensario que dirigía Christine era el más preparado de la zona; Médicos Sin Fronteras lo abastecía de medicamentos y provisiones con un avión que llegaba una vez por mes a Tombuctú.

«Christine…», pensó, y repitió su nombre varias veces. «Profesión: enfermera; ocupación: mujer», se dijo. ¿Estará preocupada? Ella conocía las dificultades del camino y sabía que debía arribar en cualquier momento. De todas maneras, le había prometido llegar hace cuatro días. Lo estará esperando ansiosa, y cuando llegue a su lado lo recibirá con el entusiasmo y alegría de siempre, le sonreirá con sus dientes brillantes, lo besará con sus finos labios, se apretará fuertemente a él, enlazándolo con sus largos brazos. Él le acariciará el rostro, le tomará el mentón entre sus dedos, le echará la cabeza hacia atrás y tendrá a su alcance su boca y sus labios rosados. La besará profundamente y luego se irán abrazados, se harán el amor, se contarán sus aventuras y vivencias de las últimas semanas, planearán el futuro. «Christine… Christine», repitió en su mente.

Hacía ya tres años que se conocían. Sus miradas se encontraron por primera vez en una reunión de amigos en

Bamako y de inmediato se comprendieron. Haciendo un aparte charlaron largamente: se contaron de sus trabajos, de sus actividades; hablaron del país, de sus costumbres, de sus ciudades; discutieron de política, de desarrollo. De sus diferentes experiencias llegaron a las mismas conclusiones. El fin de la reunión los encontró contándose sus vidas. Ella le habló del portugués de Ginebra, del *hippy* inglés, de un enorme senegalés revolucionario, del piloto francés, del cantor brasilero. Él callaba, escuchaba, y cuando tuvo que mostrar su vida, no le habló de sus idilios, ni de sus angustias, ni de sus anhelos; le habló del amor, le habló del río, de la luna, del desierto; le habló de poesía, de dibujos y de pinturas. A partir de ese encuentro, comenzaron a frecuentarse. Ella trabajaba en el interior, él en la capital; viajaban mucho, él se alojaba en su casa, en el campo; ella en la casa de él, en la ciudad.

Llegará a Tombuctú se quedará con ella dos, tres semanas; hablarán del futuro, de continuar siempre unidos, pero cada uno con su trabajo, con sus responsabilidades, independientes, sin sujeciones externas, esperándose, encontrándose, viviendo juntos, separándose y amándose sobre todas las cosas. Después, con el tiempo, se unirán y vivirán en algún pequeño poblado, dedicados a la ayuda por cuenta de alguna organización de cooperación. Trabajarán duro, adoptarán las costumbres de los nativos, asumirán sus usos, su cultura, se integrarán totalmente. En las tardes, a la puesta del sol, huyendo del siroco, se sentarán en la terraza de su cabaña, hablarán de la luna, del desierto, del horizonte; escribirán sus pensamientos, sus sentimientos, pintarán sus visiones, sus ilusiones y tendrán un hijo, tal vez. Creía que amaba inmensamente a Christine.

Una sombra pasó rauda delante del vehículo, sacándolo de sus meditaciones. Sorprendido, presionó el freno con energía. La camioneta hizo un semicírculo y fue a detenerse aparatosamente al pie de un árbol enorme. Solo en ese

momento percibió al dueño de la sombra, que esperaba el reproche erguido con elegancia. Era un hombre maduro, alto, delgado, de frente descubierta y con una abundante cabellera que le colgaba sobre los hombros. Por una razón extraña lo observó minuciosamente: tenía la piel del rostro dura, rugosa y atezada; la barba y las sienes canas, y un manto amarillo cubría su cuerpo anguloso; un collar con un medallón plateado pendía de su cuello, cubriéndole totalmente el pecho. Quiso recriminar al hombre y se encontró con unos ojos inmensos, de plácida mirada, que lo divisaban desde lo alto de su cuerpo. Esbozó una mueca entre sonrisa y pedido de clemencia. No pudo quitar esa mirada por un buen rato y partió preocupado. Avanzó un trecho, volvió el rostro y se sobrecogió con la escena: bajo el mismo baobab donde había encontrado al viejo, el hombre, erguido, lo miraba fijamente desde el centro de un haz de luz plateada que brotaba del medallón y que hacía resaltar, más aún, el amarillo de la túnica. Otra vez pensó que lo había visto antes, también a ese hombre, que lo conocía, pero… ¿De dónde? ¿Y cómo?

El sol dejaba caer sus rayos debilitados por el esfuerzo de la jornada. La tarde comenzaba a tomar posesión del espacio, el calor acumulado del día favorecía los ascendentes tónicos y hacía surgir brumas de polvo que se espesaban progresivamente; el camino continuaba difícil y el viaje perdió de repente su monotonía. El viajero luchaba con su verdad y los primeros remordimientos se manifestaron por la profusión de arrugas pequeñas y oscuras que aparecieron en su frente y alrededor de sus ojos, y por la seriedad contrita que ganó su rostro. Una ansiedad de llegar a su meta se apoderó de su mente y su cuerpo comenzó a acusar la fatiga.

El rostro del hombre bajo el baobab regresó a su memoria. ¿Dónde lo había visto? Su modo de mirar reflejaba sabiduría y serenidad. Mostraba al individuo conocedor y

a la vez al espíritu apartado de los placeres. No sabía por qué, pero intuía que se trataba de alguien experimentado que no había sucumbido a las riquezas, ni a la ilusión, ni al vino y las buenas comidas; ni a las sensaciones, ni al poder. ¡Que había superado todas las pasiones humanas! Que su vida había entrado a niveles superiores de existencia, y esto se expresaba en el orgullo y suficiencia que brotaba de su ser. Era un hombre que lo había visto todo, debía ser un iluminado. Se lo imaginó viajando tranquilo, peregrinando sin apuro fuera del mundo material, ayunando sin sentir cansancio y siguiendo su ruta sin mirar el camino. ¿Dónde lo había conocido?

Él también creía que lo había visto todo, sin embargo, no era ningún iluminado y no podía borrar de su rostro ese aire de incurable melancolía. Ahora estaba a punto de abandonar ese medio con Florence o con Christine, a punto de romper con esa contingencia del ser que limita o define la libertad. Él será un proyecto que se irá inventando cotidianamente. Dejará todo, renunciará al mundo. Estaba decidido.

Una duda indefinida lo invadía, sin embargo, y como siempre que las dudas y la angustia lo asaltaban, su espíritu recurría a sus recuerdos placenteros, a la ilusión de seguridad, que como último recurso guardaba permanentemente en su memoria y que evocaba cuando se encontraba perdido sin remedio, diciéndose: ya vendrá el tiempo para reflexionar; será dentro de algunas semanas, que se convertían en meses, después en años y luego en esperanza. Tomará el avión, pasará unas vacaciones en su casa, con sus hijos, con Mariana. Mariana… ¡Cómo la extrañaba! Soñaba con ella a menudo y solo se tranquilizaba pensando que muy pronto la vería otra vez, y ese «pronto», vago en el tiempo, era el ancla, el asidero más fuerte y a la vez iluso de su existencia. ¿Cómo estará? ¿Pensará a menudo en él? Ella le escribía apenas, contándole cosas de la casa, de sus hijos,